

# CARTAS DE CARMEN ARRIAGADA

Prólogo de Oscar Pinochet de la Barra

1920-6804

Nada más extraño para nuestro mundo del fax, del CTC celular, de las parabólicas y de las videoconferencias, que el género epistolar. Es un medio de comunicación lento, íntimo, reflexivo, terapéutico y solitario. Por lo mismo, permite una sensibilidad hoy en día anacrónica. Sin embargo, es precisamente esta sensibilidad, que podríamos denominar "romántica", lo que fascina en la correspondencia de Carmen Arriagada al pintor bávaro Rugendas.

Sobreviven solamente las cartas escritas por ella en un lapso de 16 años (1835-1851), en las cuales Carmen revela toda una vasta gama de sensaciones: pasión fogosa —más aun cuando, aparentemente, no fue consumada—, culpabilidad —era mujer casada—, celos, abandono, amistad, neurosis, hambre de cariño y de comunicación con alguien culto y sensible como ella. Mujer

excepcional. Hay que pensar que vivía en Talca, con cierta holgura pero sin mayores riquezas; estaba casada con un ex oficial prusiano, agricultor de pocas luces. Devoraba las obras de Dumas, Scott, Byron, Hugo, Sue, Balzac y Gibbons. Dominaba varios idiomas. Era pipiola en pleno gobierno pelucón, y además "volteriana" en materias religiosas. No es raro, por lo tanto, que escribiera: "La realidad de las cosas me mata y me propongo formarme un mundo ideal y mantenerme de ilusiones". ¡Lo logró!

Incluso, parece haber superado su obsesión por el bávaro. Vivió hasta 1900. Pobre, anciana y con sus facultades mentales un tanto decaídas, renunció a su pasado y murió en calidad de Hermana de la Venerable Orden Tercera de San Francisco.

170A-NX73007  
0001771000

Verónica n.º 7, J.º, 1990, p. 36 (45704+A) ALFRED@